

La importancia de un contrapoder fuerte y autónomo

PABLO SOLÓN



MANU
ROBLES-ARANGIZ
INSTITUTUA

La importancia de un contrapoder fuerte y autónomo

Pablo Solón

- 3 El giro a la izquierda en Latinoamérica
- 5 Nacionalización del gas
- 6 Estado plurinacional
- 7 El “vivir bien”
- 8 Sigue el extractivismo
- 9 Las organizaciones sociales, medida del cambio
- 11 Todo por el desarrollo
- 12 Clientelismo
- 14 Contrapoder
- 15 La derecha, al acecho
- 16 Capacidad de propuesta
- 17 Corrupción
- 18 Definir la agenda



Documentos 34

Julio de 2016

www.mrafundazioa.eus

@mrafundazioa

La importancia de un contrapoder fuerte y autónomo

Pablo Solón*

Es mi primera vez aquí en Navarra y en el País Vasco. He seguido muy poco su historia, aunque hemos escuchado muchísimo de lo que ustedes hacen de la realidad aquí. Pero nunca he tenido oportunidad de entrar en contacto, y para mí es un gran placer poder estar aquí y aprender de las experiencias del movimiento y las organizaciones sindicales.

Pienso contarles lo que ha pasado en el caso latinoamericano y boliviano, en particular, y discutir un poco cuáles son algunas lecciones y experiencias que, a partir de esto, me permito formular de manera muy humilde y autocrítica.

El giro a la izquierda en Latinoamérica

Latinoamérica vivió un giro a la izquierda; este no se debió esencialmente a los triunfos electorales, sino a la una emergencia de los movimientos sociales. Los triunfos electorales vinieron después. En el caso boliviano, nosotros, desde el año 1985, vivimos casi quince años de derrotas. El neoliberalismo llegó al gobierno y nos privatizaron todo: las minas, el petróleo, la electricidad, los ferrocarriles... todo estaba siendo privatizado. Había luchas y luchas y perdíamos todos los años.

Nos decidimos organizar y tomar la iniciativa. Dijimos: “*no vamos a esperar a que nos golpeen, sino que nos vamos a preparar para la próxima batalla*”. Y escogimos el tema del agua. Cuando se vino la privatización, a través de una ley de agua potable y saneamiento y de una concesión en una ciudad, Cochabamba, se organizó una gran resistencia, a través de la Coordinadora del agua, que aglutinó no solamente a organizaciones sindicales, campesinas e indígenas, sino también profesionales,

* Este texto es la transcripción de la conferencia que Pablo Solón (ex-embajador del gobierno de Bolivia de Evo Morales en la ONU) pronunció en Katakarak (Iruñea) el 15 de junio de 2016.

juntas de vecinos, ONGs, medioambientalistas, y se derrotó esta privatización. Se obligó a modificar la ley y a romper el contrato de privatización con una de las grandes transnacionales, que era la norteamericana Bechtel.

Ese triunfo desencadena todo un proceso de ascenso en Bolivia que luego uno dice: “*bueno, si hemos logrado esto con el agua, ¿por qué no lo hacemos con nuestro principal recurso económico, el gas?*”. Si recuperamos el gas, que está privatizado, las utilidades que genera el gas ya no se las llevarán las transnacionales, y las vamos a utilizar para educación, salud, generar empleos, mejorar las condiciones de vida... y se dio la guerra del gas posteriormente.

En el caso de la ciudad de La Paz fuimos a hacer una movilización otra vez por la cuestión del agua y rompimos el contrato con la Suez, que tenía la concesión de saneamiento básico y agua potable en las ciudades de La Paz y El Alto. Obviamente, en este proceso de luchas sociales, después de estar años a la defensiva, se empezó a pensar desde las organizaciones, y en particular desde las campesinas e indígenas, porque los sectores obreros fueron muy golpeados en el periodo neoliberal en el caso boliviano; nuestra vanguardia obrera, que era la minera, fue relocalizada, diezmada: En total, unos 50.000 fueron echados a la calle.

Entonces, las organizaciones sociales dijeron: “*debemos tener nuestro propio instrumento político; no puede ser que luchemos, pero en las elecciones acabemos votando entre la opción de derecha, de más derecha, de derecha un poco aquí... No, vamos a crear nuestro propio instrumento*”. No queríamos construir un partido y fue así como surgió la iniciativa del Instrumento político por la soberanía de los pueblos, que así se llamaba originalmente. Nunca aceptaron darle una personería jurídica y acabamos utilizando una sigla de otro partido que, en su origen, no era de izquierda, que fue el Movimiento al Socialismo (MAS), y las intervenciones electorales, que empezaron primero apenas ganando tres parlamentarios, acabaron luego con un triunfo abrumador en la elección del año 2005, con más del 54% de los votos; algo histórico.

Por tanto, fue una combinación de un movimiento social muy fuerte, que crea su instrumento político; era un instrumento, porque para nosotros, el que manda no es el partido, son las organizaciones sociales.

Cuando llegamos al gobierno lo primero que ocurrió fue lo que le pasa a cualquier gobierno de izquierda que llega al poder y quiere cambiar las cosas: empieza a haber un gran asedio de la derecha; un sabotaje, un boicot. Fue terrible en los años 2006-2007. Había regiones, ciudades del país

a donde no podía viajar ninguna autoridad del gobierno porque la derecha estaba preparando una suerte de fractura, de división del país. Estuvimos al borde de la guerra civil, incluso tuvimos muertos en esta confrontación.

En ese escenario todos teníamos una agenda, la Agenda de Octubre, lo que queríamos hacer, que surgió antes de que llegáramos al gobierno, y surgió de los movimientos:

1. Nacionalización del gas, principal recurso, lo traemos al estado y repartimos.
2. Convocar a una Asamblea Constituyente para refundar este país, porque nuestro país tiene mucho colonialismo interno que nunca ha reconocido en su plenitud a las naciones y nacionalidades que habitan este territorio –los aymara, los quechua, los guaraní–. Esta asamblea fue un drama. No se imaginan las peleas que hubo y, a pesar de que se ganaba en las elecciones, era un problema terrible por la gran resistencia de la derecha.
3. El territorio en la lógica indígena, campesina. Hubo muchas marchas para recuperar el control del territorio. Si en un lugar vive una comunidad indígena, no puede ser que luego el gobierno dé concesiones sobre el subsuelo, minerales, gas, petróleo... El territorio significa que quien lo habita lo gestiona, tanto lo que está arriba como debajo del suelo. Esta autogestión territorial viene de una imagen, de una visión de lo que es o ha sido la comunidad por siglos en la región.

Nacionalización del gas

Estos tres puntos eran nuestra imaginación de un nuevo país. Logramos avanzar. Se nacionalizó el gas, pero de una forma que en un principio nos pareció muy hábil. Renegociamos contratos; en Bolivia hemos nacionalizado tres veces el gas, el petróleo: en la década de los 30, en los 70 y en esta ocasión. Pero siempre se volvió a privatizar.

Renegociar contratos significa que si antes las transnacionales se llevaban el 80% de las ganancias ahora se quedarán con el 20% y nosotros, con el 80%. Pero no echamos a las transnacionales. Ya no es una nacionalización en sentido estricto, sino una renegociación de los términos (del contrato) y, obviamente, esto permite que el gobierno tenga una gran cantidad de recursos. Los ingresos del estado se multiplican rápidamente por tres o cuatro, y hoy día son 6-7 veces lo que eran diez años atrás. Porque además, justo empezaron a subir los precios del petróleo, y

por ende, del gas; tenías en lugar del 20% el 80%... Nuestras reservas internacionales, que eran de 1.400 millones de dólares, pasaron a ser de 15.000 millones a finales de 2014.

Estado plurinacional

En la Constituyente cambiamos un tema fundamental: dejamos de ser una república y pasamos a ser un estado plurinacional. El concepto de la república, en el caso boliviano, era la visión de la colonización española que desconoce que ahí hay aymaras, quechuas, guaraní; hay otras 34 naciones y pueblos indígenas. Queríamos ser un estado plurinacional, que reconoce a todas las naciones y nacionalidades en igualdad de condiciones. Y hubo muchos problemas, porque había quien decía: *“nosotros nos llamamos originarios. ¿Por qué vamos a llamarnos indígenas, término que nos pusieron los españoles? Nosotros somos de aquí, originarios”*. Otros decían *“somos campesinos”*, porque habían pasado siglos de una transformación y dominación. Y por ejemplo, en la constitución al final se buscaron las soluciones que unían a todos: *“los pueblos indígenas, campesinos, originarios”*.

La constitución reconoce los 34 pueblos, naciones y nacionalidades. Algunos rechazaban el término nacionalidad cuando habían existido siglos antes de la república: *“somos una nación”*. La conflictividad que hubo a este nivel ha bajado terriblemente. Ha sido un cambio que está todavía en curso, pero para darles un ejemplo, en el caso boliviano, una mujer indígena de pollera –esas mujeres que llevan una falda grande– no podía entrar en un hotel de cinco estrellas hace 12 o 13 años. Con la constitución y la llegada de un presidente indígena esa situación empezó a cambiar; no podía haber esa discriminación, aunque eso no implica que no la siga habiendo (aunque mucho menos). Es un cambio fundamental. Fue un logro muy importante lo que llamamos la *“revolución cultural”*.

Se aprobaron una serie de medidas para recuperar sectores que habían sido privatizados. Algunos por renegociación de contratos; otros, por expropiación, por un pago de una pequeña compensación, pero que volvía al estado. El caso más exitoso es el del sector de las telecomunicaciones: la cantidad que el estado pagó para recuperarlo no es nada comparada con las utilidades que ya ha obtenido en los últimos años. No todos los sectores han sido tan buenos como este, pero a nivel de electricidad, bajó la tarifa para los sectores más pobres; el salario básico ha subido cinco veces; los indicadores de extrema pobreza han caído, y el gobierno,

como tenía mucha plata por la exportación del gas, podía hacer una serie de bonos: bonos de ayuda social para jóvenes estudiantes; para un servicio de salud, un servicio para mujeres embarazadas, construcción de hospitales, centros de educación, etc.

Esto generó un respaldo, que permitió acabar con la conspiración de la derecha, que fue derrotada hacia 2008. Se ganó con un referéndum y con una elección en la cual el gobierno llegó a sacar el 64% de los votos en 2009.

Cuando llegamos a este momento, al ganar el segundo mandato, se logra una más amplia mayoría parlamentaria y entonces puedes cambiar jueces, o resolver el tema del contador de la república, que fiscaliza las cuentas del estado. Es decir, puedes controlar todas las instituciones, pero el objetivo era que la derecha no siguiera saboteando. Pero cuando se gana la segunda elección, lo que es un gran triunfo, surge el principio del problema, porque ya no tienes la oposición de la derecha, pero tienes un poder extremo, político y económico.

El “vivir bien”

Y el punto de partida es: “¿Para qué hemos hecho todo esto?”.

En los documentos iniciales del proceso decíamos que era para el “vivir bien”: *“No queremos vivir mejor a costa de otro ni a costa de la naturaleza; queremos promover la armonía entre los seres humanos y de los seres humanos con la naturaleza, y salir del ciclo de extractivismo que ha vivido nuestro país por los últimos quinientos años”*. Porque la economía de Bolivia siempre ha sido monoexportadora. En época de los españoles, la plata. Después de la plata (el Cerro Rico de Potosí), vino la época de la explotación de la goma, del estaño, luego del petróleo, del gas... La visión de largo plazo puesta en el papel que todos queríamos hacer era cambiar esto. Dejar de ser un país monoexportador y pasar a ser uno que diversificara su economía, que no estuviera en función del mercado internacional y que pudiera desarrollar las potencialidades que había adentro, en nuestras comunidades campesinas, indígenas, en los pequeños productores... en todos los sectores de trabajadores que existen en Bolivia.

Pero cuando ya derrotamos a la derecha empezó una discusión interna en el gobierno: *“¿Qué hacemos? ¿Vamos por el camino de una Bolivia agroecológica; de una Bolivia que empiece a imaginarse salir del extractivismo?”*. Y la otra posición, que acabó siendo dominante, decía: *“si queremos consolidar este triunfo contra la derecha, se necesitan recursos*

económicos ya. Los vamos a obtener del gas, que tiene ahora un precio tan alto. Continuemos con el extractivismo, porque eso nos permite tener una renta que podemos traducir en bonos, en ciertas reivindicaciones que sectores sociales están pidiendo con absoluta razón y derecho, y todo el mundo quiere que se atienda su problema ya”.

Sigue el extractivismo

Entonces, en vez de dar el giro, continuamos con el modelo extractivista. No creo que se hubiera podido cambiar al año siguiente de llegar al gobierno, porque la prioridad era el cerco de la derecha. Pero creo que el año 2009 o 2010 pudo haberse iniciado la transición; no ocurrió, y más bien se profundizó en este camino, no con el objetivo de amasar una fortuna para el gran capital, sino para que ese dinero se pudiera redistribuir a través de estos mecanismos.

Este problema es muy importante porque ahora Bolivia –y no solo Bolivia, porque le pasó a Ecuador, Venezuela, en cierta medida a Brasil y a la Argentina–, en las economías de estos países con gobiernos progresistas, el resultado es que, en vez de haberse diversificado la economía, durante la última década se ha fortalecido el sector exportador de materias primas, con menor valor agregado. Obviamente, esto ha permitido una serie de conquistas y bonos (en Brasil, bolsas familia), pero basados en esa economía. Y ahora que tenemos en el mundo una caída de precios de las materias primas –en particular, del petróleo, minerales y commodities–, una economía basada en la exportación de estos productos cuando los precios caen se empieza a achicar; los gobiernos empiezan a tener menos recursos, y esto provoca una crisis económica en diferente grado.

Ahora todos estamos en crisis en Latinoamérica. No sufrimos la crisis del 2008 como ustedes, pero ahora empezó y a pesar de todo lo que dijimos para salir de este modelo, seguimos en él y ahora la situación es muy grave. Los ingresos por exportaciones caen un 30% en Bolivia; empiezan a caer las reservas internacionales, más de 3.000 millones de dólares; el caso de Ecuador es un poco más grave; el de Venezuela lo leen ustedes. Y no podemos entender el golpe que dio la derecha en Brasil –porque fue un golpe blando– si no lo ubicamos en el contexto de la crisis económica que vive el país, y que hace que amplios sectores de la población, aun considerando ilegal lo que le han hecho a la presidenta Dilma Rouseff, admitan otro gobierno que quizá pueda cambiar la situación, porque la economía se está derrumbando.

Tenemos una debacle económica que no va a ser tan coyuntural; en el gobierno boliviano hay quienes opinan que esto es pasajero. Acaba de salir un informe de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) muy interesante sobre lo que llaman los “ciclos largos” de los precios desde el año 1900 hasta ahora (estaño, petróleo, zinc, oro). Dice que los ciclos largos son unos 36 años; cada 13-14 años hay una subida y luego viene una bajada. Aquí empezó la bajada. Muchos estudios económicos muestran que esta caída va a durar probablemente más de una década. Es un problema grave, gravísimo.

Yo no me lavo las manos para nada. Hasta 2011 yo estuve en el gobierno. No era ministro, pero era embajador y estaba muy cercano a Evo y soy responsable de esto.

Pues bien: ahora, ¿a dónde vamos?

Las organizaciones sociales, medida del cambio

Este tema económico tenemos que verlo ligado a otro. Me imagino que la mayoría de ustedes son activistas de movimientos sociales, campañas... ¿Cómo medimos el avance o no de un proceso de cambio? (En Bolivia no lo llamábamos proceso revolucionario, sino proceso de cambio). No lo deberíamos medir principalmente por el aumento del salario básico. Hay quienes dicen que sí, que ese debería ser uno de los principales indicadores. O el crecimiento del PIB, el grado de analfabetismo...

Desde mi punto de vista el elemento central para medir un proceso de cambio es la fortaleza de sus organizaciones y movimientos sociales. Porque el proceso de transformación no lo van a hacer unas cuantas personas que están en el gobierno; lo va a hacer la sociedad. Por ello, el proceso de cambio avanza en la medida en que la sociedad es más efervescente, organizada; sus estructuras tienen más dinamismo, más creatividad; desarrollan propuestas; están más unidas o más solidarias, etc. Este es un tema muy importante.

Pero lamentablemente, en el caso boliviano y ecuatoriano el gobierno empieza a decir: *“somos el gobierno del pueblo; por tanto, la función de las organizaciones sociales es respaldar a su gobierno”*.

Y la mayoría de los dirigentes desde un principio son incorporados al gobierno con un gran argumento. Era muy difícil. Me acuerdo que cuando se llegó al poder, ni Evo ni nadie de los que habían estado cerca habían sido anteriormente altos funcionarios de ningún gobierno. Todos veníamos de las luchas sociales o de la academia, pero siempre contestatarios,

y de repente había que llenar 256 altos cargos: ministros, viceministros, directores, gerentes de empresas y entidades... y la lista no daba. Eso vació de sus liderazgos naturales a estas organizaciones. Con una muy buena intención las descabezamos. Y cuando uno entra al estado, puede tener muy buenas intenciones, y debe tenerlas. Pero la lógica del estado, del poder, es diferente a la de una organización social.

Les voy a dar un ejemplo: yo entré en el área de relaciones exteriores en lo relativo a cómo desmontábamos los tratados de libre comercio. Y resulta que teníamos a los mapuches –indígenas de Chile– enfrentados con el gobierno. En una situación entre el gobierno boliviano y el chileno en el que se trataba de reconstruir la relación, que siempre fue mala, los mapuches querían un apoyo explícito de Bolivia. El gobierno boliviano, en su lógica pragmática, no quiso meterse en ese rollo; era ganarse una bronca por meterse en asuntos internos de la política chilena. Pero las organizaciones campesinas indígenas bolivianas, si son autónomas, tienen que meterse, porque para ellas no hay fronteras; los mapuches son también indígenas. ¿Qué les importa si desde el gobierno estamos haciendo las cosas desde una lógica distinta? La lógica de las organizaciones es la de la solidaridad, el apoyo. Ahí les muestro cómo la lógica cambia. Somos los mismos dirigentes, pero cuando estás en el gobierno empiezan a primar las lógicas del cálculo político, es una lógica pragmática. No puedes dar todas las peleas al mismo tiempo. Pero los movimientos sociales tienen derecho a pensar que pueden hacerlo, porque siempre hemos sido así. En el gobierno, no, porque quizá se puede decir: “el conflicto con este sector de la derecha lo ponemos en la congeladora, porque no queremos ganarnos muchos frentes de batalla”. Pero al sector social cuya lucha es contra ese sector de la derecha no le puedes decir que acepte esa lógica pragmática; tiene todo el derecho de seguir peleando.

Ahí empezó a haber contradicciones. Un momento muy importante fue cuando se convocó la cumbre mundial sobre el cambio climático y los derechos de la Madre Tierra, que fue un evento internacional muy importante donde discutimos una visión alternativa al capitalismo, al antropocentrismo, al patriarcado, y de respeto a los derechos de la Madre Tierra. En ese momento vimos por qué camino debíamos seguir: por el del respeto a los derechos de la Madre Tierra, o la posición que se acabó imponiendo en Bolivia, que fue reivindicar el derecho al desarrollo; el planeta lo fregaron los del capitalismo, por lo que debemos seguir por un tiempo por un camino extractivista.

Todo por el desarrollo

Evo Morales –un gran amigo; lo respeto muchísimo– dijo: “*no podemos ser guardabosques de los países capitalistas del norte*”. Sin embargo, sí que tenemos que ser los guardabosques, no por los países capitalistas, sino por la Pachamama. Nuestra visión es: queremos respetar a la madre naturaleza, y los bosques son sus pulmones. ¿Cómo vamos a dejar que siga habiendo una deforestación salvaje? En Bolivia se deforestan entre 160.000 y 250.000 hectáreas de bosque nativo –selva virgen– cada año. En muchos casos ni siquiera se deforesta para cortar el árbol y exportarlo, sino que se quema el bosque. Tenemos que parar esto.

Sin embargo, la línea fue tener el discurso de la Madre Tierra, pero no aplicarlo en la práctica. La principal fuente de choque fue esta. Cuando se quiso construir una carretera por un parque nacional hubo una resistencia muy grande y el gobierno buscó quebrar la resistencia de los pueblos indígenas que vivían en el lugar, y dejó que corriera la represión en contra de estos sectores. Esto es gravísimo, porque nosotros nunca podemos como gobierno dejar que ocurra –así no lo hubiéramos hecho directamente– represión o actos de violencia contra organizaciones sociales indígenas. Yo me enfrenté a Evo por este tema.

Pero no solo se empezó a dejar de lado toda esa agenda de cambiar la relación con la naturaleza, tema central en la propuesta original, sino que se empezó a debilitar e incluso dividir a las organizaciones campesinas, indígenas o de vecinos que no estuvieran totalmente alineadas con el gobierno. Acabamos con dos organizaciones campesinas del altiplano y del Amazonas, y empezó a surgir en el gobierno el discurso de que ahí no se podía ser librepensantes: uno se alinea con la oposición al gobierno o le hace el juego a la contrarrevolución y al imperialismo. Lamentablemente, esto se ha reforzado cada vez más, en el caso boliviano pero también en Ecuador.

Lo que empezó como necesidad de tener cuadros sindicales en el gobierno terminó copando, capturando a las organizaciones sociales y sus dirigencias, y generaron una situación en la que éstas no le critican. Y hay cosas que se deben criticar. Por ejemplo, el rally Dakar, esa carrera de autos que corren por el desierto y destrozan todo. Es la idea de colonizar el desierto. Si hace 10-12 años a algún gobierno neoliberal se le hubiera ocurrido traer este rally le hubiéramos hecho 40 o 50 bloqueos de caminos en todo el territorio, porque eso va en contra de toda nuestra visión. Para participar en la carrera hay que tener 80.000 dólares; se promueve el

uso del petróleo; es destructivo para la naturaleza; es elitista, colonizante... Sin embargo, este año se ha organizado por tercera vez en Bolivia, con apoyo y directa intervención del gobierno y del presidente, en particular.

El presidente tiene derecho a pensar que eso está bien. Lo que no puedo creer es que no haya organizaciones campesinas, indígenas, de trabajadores, que lo estén cuestionando. Quienes lo criticamos somos algunos intelectuales, activistas, pero las organizaciones vivas, las que hicieron el proceso de cambio, las que promovieron la visión del vivir bien... este es un indicador de que no estamos ante organizaciones sociales más fuertes, con mayor capacidad de autodeterminación, de creatividad, de propuesta.

Cientelismo

Este es un problema grave. Por eso, cuando me preguntan si hemos avanzado o no en la década de gobiernos progresistas, sí que hay avance en algunos indicadores económicos y de reivindicaciones. Pero si me preguntan si son más fuertes las organizaciones sociales que hace diez años, mi respuesta es no. Y este es el indicador esencial de un proceso de cambio social. Esto se ha reforzado por una lógica muy complicada clientelar: el gobierno te da una posta sanitaria, una cancha de fútbol, un centro educativo. La organización social que antes pensaba en cómo transformar el país, cómo hacer la Asamblea Constituyente, cómo nacionalizar las minas, el control del territorio... se vuelve una organización que va a pedir cosas al gobierno. Y éste se las da. Cuando había bonanza económica, no había problema. Es una relación clientelar, prebendalista.

Esto va cambiando la dinámica de las organizaciones sociales. En el fondo, refuerza la idea de que quien te va a dar es el gobierno. Si te portas mejor, te va a dar más. Si lo confrontas, te da menos. Y uno empieza a aceptar esa lógica, cuando debería ser todo lo contrario: el dinero es de todos los bolivianos. Discutamos cómo se emplea mejor y abramos una gran discusión si seguimos por el extractivismo, apostamos por la agroecología, las energías renovables, etc. Pero eso no existe.

Ustedes dirán que las intenciones son muy buenas, pero que no hay otro camino para seguir que el extractivismo. Algunos me dicen que tengo razón en el análisis, pero me preguntan cuál es el otro camino. Yo no creo eso.

Les doy un ejemplo con la misma lógica pragmática del gobierno. Vamos a construir unas megapresas que van a inundar el bosque, una de ellas 200.000 hectáreas de bosque, con el objetivo de producir electricidad, y el gran argumento es que hay bolivianos que no tienen energía eléctrica. ¿Cómo te vas a oponer a la energía eléctrica para los bolivianos? Si tenemos que sacrificar el bosque, lo sacrificamos.

Pero además, no solo vamos a cubrir la demanda interna con las megapresas, sino que vamos a exportar energía. En verdad, la mayor parte de la electricidad no es para cubrir la demanda interna, sino para exportar, para convertir a Bolivia en centro energético de Suramérica. Es la gran propuesta del gobierno ahora. No solo a través de esas megapresas, sino también con la energía nuclear. Y se va a instalar un centro de energía nuclear en la ciudad de El Alto, que en principio va a generar 150-200 MW. Pero en algunos discursos gubernamentales se ha hablado de llegar incluso a los 1.000 MW. Y todo esto es para salir de la pobreza y por el desarrollo, y acercarnos a la modernidad.

Veamos los números: hacer esa represa costará entre 3.000 y 5.000 millones de dólares. Los precios para producir energía solar –Bolivia es un país con una altísima radiación solar, porque la mitad del territorio está a 3.500-4.000 metros de altitud–, han caído mucho (hoy para un MW se necesitan 2 millones de dólares, incluso 1,5). Si queremos cubrir toda la demanda de Bolivia, podríamos hacerlo con una inversión de unos 4.000 millones de dólares, y probablemente la cifra sea mucho menor.

Pero hay que cambiar además la lógica. Porque nuestra propuesta es vivir bien, no solamente haciendo menos daño a la naturaleza con las energías renovables; tenemos que cambiar también nuestro rol de consumidores de energía y convertirnos en productores. No queremos hacer acopio de energía solar como hacen la India o Chile, plantando paneles solares uno al lado del otro, controlados por una empresa privada que acaba desplazando poblaciones locales e indígenas. Podríamos generar energía solar a través de paneles solares en familias, comunidades, municipios, y hacer que no solo sean para el autoconsumo, sino para tener energía en la red, empoderando social y económicamente a las personas que se convierten de consumidoras en productoras.

No es cierto que no haya otra opción y que la única opción para poder desarrollarse sea seguir extrayendo materias primas. Este es uno de los mayores debacles que tenemos. Algunas pequeñas cosas se van logrando, pero en general el gobierno apuesta por eso. Porque ve que el extractivismo le va a dar recursos económicos más rápidos. La lógica del poder captura al gobierno de izquierdas, y esa misma lógica explica por qué se recurre a modelos económicos como el extractivismo. Porque son funcionales para esta lógica del poder, para reproducirte y poder quedarte en el poder. Entre 2012 y 2015 estuve en Asia, y cuando volví empezó la caída de los precios del petróleo. Esperaba que el gobierno reaccionase y viera la necesidad de cambiar, que no se podía seguir por ese camino de la economía basada en las materias primas; cuando los precios caen, colapsa. Era el momento de cambiar, antes de la caída final. No obstante, la respuesta fue: *“Es cierto que los precios están cayendo. Vamos a tener menos ingresos; por tanto, tenemos que extraer el doble”*.

El gobierno dio un viraje desesperado para atraer inversiones extranjeras, flexibilizando las reglas que antes les poníamos a las transnacionales, porque necesita compensar la gran caída de ingresos.

Contrapoder

¿Qué lección hay que sacar de esta situación?

Algunos dicen que el error fue entrar en el gobierno. Las organizaciones sociales no tienen que meterse en política ni en el gobierno. Yo no soy partidario de eso. Si uno no interviene a nivel de estado, si no captura el poder político, uno va a estar siempre a la defensiva, defendiendo su espacio, pero no pudiendo transformar la sociedad en su globalidad. Pero también es totalmente cierto es que si uno entra en el gobierno, en casi todos los casos uno acaba siendo atrapado por esta lógica del poder y se pierde la perspectiva.

Nuestro gran error fue que no jugarnos a preservar desde el principio la fortaleza, la capacidad de autodeterminación y la independencia de los movimientos y organizaciones sociales, precursoras de este proceso. Preservar eso es crear un contrapoder a las izquierdas que van a entrar al gobierno. Nuestra propuesta es mantener una doble estrategia, de poder y contrapoder al mismo tiempo. Y el eje está en el contrapoder, porque el verdadero poder está en los movimientos sociales, no en el estado.

Pero nunca cambiaremos esta relación si, en una situación de éxito porque se forma un gobierno de izquierda, empezamos a poner toda

nuestra fe y esperanzas, toda nuestra energía, en el cauce del gobierno y nos olvidamos de que eso, inevitablemente, tiene la suerte marcada. Lo ocurrido después de tantas experiencias a lo largo del último siglo en diferentes países muestra que tenemos un problema, y que debemos fortalecer muchísimo más la capacidad de crítica, de organización de los movimientos sociales, incluso crear otras estructuras nuevas, más fuertes, más poderosas. Y los que vayan al gobierno tienen que saber que están entrando en la boca del lobo, y que no son salvadores. Aquí los únicos salvadores son los propios trabajadores, los movimientos. Y por más buenas intenciones que tengan –he visto personas muy nobles caer atrapadas por esa lógica–, no es un problema del individuo. En algunos casos, los rasgos individuales pueden agravar un problema, pero después de ver tantos casos es un problema mucho más complejo que la clase de los políticos.

Por eso creo que debemos reflexionar profundamente sobre el tema del poder y el estado. Ustedes lo van a vivir en España porque la dinámica muestra que, por diferentes vericuetos, van hacia un gobierno más de izquierda, más progresista. ¿Cómo actuar? ¿Qué va a hacer esa izquierda en el gobierno? ¿Y la que está fuera, la de los movimientos sociales? Cuando los dirigentes de Podemos, que nos han visitado varias veces en Latinoamérica, y en Bolivia en particular, han tenido una actitud de ensalzar la experiencia boliviana, perfecto, pero hay que tener en cuenta la otra parte, porque si no aprendemos de ello acabaremos como ahora en Latinoamérica, donde se produce el fin del ciclo de los gobiernos progresistas, donde lo que se nos viene es algo mucho más grave porque fuimos incapaces de lograr una verdadera transformación y un verdadero fortalecimiento de los movimientos sociales.

La derecha, al acecho

Para mantenerte en el poder, en Bolivia, pero también en Brasil, se golpeó a un sector de la derecha y se negoció con otro. Brasil tenía al MDB dentro del gobierno. En Bolivia a un sector de la derecha se le entablaron juicios, y otros se disciplinaron al gobierno para poder seguir haciendo sus negocios. Cuando las ganancias disminuyen porque pasó la ola de los precios altos de las materias primas y ven que el gobierno empieza a tener problemas, quieren volver con todo al gobierno. Y van a recurrir a cualquier estrategia para hacerlo. La derecha está trabajando para volver con el imperialismo, y lo van a hacer: Argentina, Brasil, Venezuela...

¿Cómo responder a este ataque de la derecha? La respuesta en el caso boliviano es cerrar filas: no puede haber ninguna reflexión crítica. Pues bien, eso es un error. La mejor defensa contra la derecha es ser muy auto-críticos. Si queremos confrontar a la derecha con un modelo alternativo, con propuestas alternativas, tenemos que ver lo que hemos estado haciendo.

En Bolivia el gobierno convocó en febrero un referendun para que el presidente y el vicepresidente puedan ser reelegidos en 2019. Perdieron, y el gobierno insiste en un nuevo mecanismo para modificar la constitución y poderse repostular.

Sí, la derecha conspira, pero con estos errores damos servido el platillo para los conspiradores. La gran acusación de la derecha es que estos señores quieren perpetuarse en el gobierno. Lo que habría que hacer es promover la rotación. Eso de los caudillos, los líderes, los jefes nunca debíamos haberlo aceptado en Bolivia; fue un gravísimo error. Comandantes, etc. Así no vamos a transformar la sociedad. Con eso precisamente favorecemos el retorno de la derecha.

Capacidad de propuesta

Quienes están en el gobierno tienen que promover esto, que exista un contrapoder. Tienen que reconocer que son personas que van a cometer múltiples errores, y que deben contribuir a potenciar las organizaciones que no solamente los fiscalicen, no solo participen y les exijan, sino que esas organizaciones tienen que empezar a pensar en términos de país, de estado, de proyecto, y no solo en términos reivindicativos. Eso es posible. Lo que he visto es que en la mayoría de los casos lo ocurrido es lo opuesto. Tenemos que ser conscientes del peligro que entraña capturar el poder; nosotros no lo fuimos, y eso no es para ser pesimistas, sino para aprender de ello.

Experiencias de participación en la definición del presupuesto, por ejemplo, son positivas.

En Ecuador, Correa pedía una compensación a la comunidad internacional a cambio de dejar de explotar el petróleo del Yasuni; como no la recibió, siguió extrayendo petróleo. Sin embargo, un sector de la población mantuvo su posición y reclamó un referendun. No creo que unos tengamos la razón y otros no. Lo que más me preocupa es cuando un gobierno de izquierda se cierra al debate y a poner en manos de las organizaciones las decisiones de lo que va a ocurrir en la sociedad. Y las más

importantes decisiones a veces no se consultan. Es posible cambiar esto, si el lado que está fuera del gobierno es fuerte, sólido y dinámico.

Corrupción

El tema de la lógica del poder en Bolivia no es solamente político, sino económico y social. Antes de llegar al poder algunos dirigentes campesinos probablemente no ganaban ni 100 dólares. Y de repente empiezan a tener unos ingresos de 1.200-1.500 euros. Aparte de la lógica pragmática del poder, cambia la situación socioeconómica. Tengo muchos amigos en el gobierno que me dan la razón, pero también dicen que se traen a su familia a La Paz, y si se enfrentan los botan de vuelta al campo. Es un cambio material. En sociedades donde la disparidad no es tan grande quizás este problema no sea tan crucial, pero en Bolivia sí lo es.

El otro problema en Bolivia, pero también en Venezuela, es que hay mucha plata. La principal fuente de ingresos es hacer contratos con el estado. Por primera vez repartimos dinero a todos los municipios; eso es muy positivo, pero generó que familiares de alcaldes, concejales, etc. hicieran acuerdos para la construcción de la escuelita, de la cual sacaron el 20-30% y se lo metieron al bolsillo. El reparto de recursos generó un nuevo sector económico. En Venezuela la llaman la “boli-burguesía”; en Bolivia, la “burguesía aymara” o “cholets”. Y el nuevo sector económico que ha surgido de las clases populares empieza a tener otra dinámica, otros intereses.

Hay diversos factores: el de la lógica del poder, pero también el de que todo proceso de transformación social, desde la Revolución francesa, genera un nuevo sector económico que, al mejorar sus condiciones de vida, de ser revolucionario y progresista se vuelve en conservador. Va a haber que lidiar con este fenómeno: tiene que haber mecanismos de control social. Y esto solo es posible si se potencia mucho a las propias organizaciones sociales, que controlan, supervisan, etc.

Los principales dirigentes de las más importantes organizaciones bolivianas fueron puestos al frente del Fondo Indígena, que por primera vez tuvo plata. Hubo tanta plata que los casos de corrupción involucraron a la máxima dirección. Esto debilita en el imaginario del conjunto de la sociedad, y no solo en los movimientos sociales, ese rol que antes tenían las organizaciones indígenas. Hay que blindar espacios. Cuando se empieza a traspasar los espacios de acción ocurren estos problemas.

¿Qué es lo que más favorece a la derecha: la crítica honesta de la izquierda o los errores que comete el gobierno? Yo creo que son los errores del gobierno. Lo que ha pasado a Kirchner en Argentina o Dilma en Brasil: fueron los propios errores los que han permitido pasar a la ofensiva a la derecha. Si es que las organizaciones sociales no hubieran optado por callarse y hubieran podido hacer las críticas oportunamente, muchas de estas equivocaciones no se hubieran cometido. El argumento de que la crítica favorece a la derecha es retórico, porque en verdad los más grandes errores que han propiciado el retorno de la derecha no se han producido en esta última década por acciones anteriores de los movimientos sociales.

Definir la agenda

El contrapoder no es solamente vigilancia o supervisión del gobierno. Es mucho más que eso; tener capacidad de decir cuál es la nueva agenda. Fuimos poder antes de llegar al gobierno porque pudimos formular una agenda: nacionalización de hidrocarburos, asamblea constituyente, gestión del territorio. Esa es una agenda de país, de proyecto. Cuando uno llega al gobierno estas agendas se tienen que recrear permanentemente y el rol del contrapoder es fundamentalmente en ese sentido. Porque es lógico que quien entra en el gobierno se vuelva más conservador, y haga lo que más funciona. La creatividad, el dinamismo recae en el contrapoder de los movimientos sociales. Si estos solamente se dedican a la vigilancia, no tienen la iniciativa. Contrapoder es tener la capacidad de generar constantemente esas agendas de transformación. La clave es salir del reivindicacionismo. En el caso boliviano la mayoría de sindicatos y organizaciones campesinas se han limitado a pedir cosas al gobierno, muy justas; no han hecho propuestas.

Esta semana se ha lanzado por primera vez una convocatoria de paro nacional contra el gobierno, porque este ha cerrado la principal fábrica de manufacturas textiles del país, después de haberla nacionalizado. Ahora que el estado no tiene plata, hay que cerrar la fábrica y se echa a la calle a casi mil trabajadores. Esto produce una gran movilización; hay un paro nacional. Nadie cuestiona que los sindicatos hagan eso; debían haber hecho paros por otros motivos, que quizá podrían haber evitado lo que ahora ha pasado con esta fábrica, porque no hay solución a estas alturas. Porque mantenerla significa mantener un subsidio millonario cuando el estado ya no tiene recursos; pero desde la lógica de los trabajadores y de

las familias que han perdido sus ingresos es terrible. Pero este es el principio. Ahí está la gravedad del error de no haber jugado un rol más propositivo en lo macro durante la década pasada.

NOTAS:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....